

Presentados al Tercer Congreso

Pan-Europa y Pan-América

EL gran Pan está muerto. ¿Está muerto? Si lo está, será tarea nuestra resucitarlo. ¿Quién es este Pan, Dios de la mitología griega, este ser con los pies de cabra, con los cuernos de buey y con un aspecto que varía entre lo gentil y lo bestial? ¿Cuál es la significación de su nombre? ¿Llega él a ser Pan a causa de la interpretación errónea de una palabra egipcia —como desde un punto de vista científico tenemos que suponer— o lo llamaron Pan nuestros precursores antiguos en su entusiasmo panteísta, bautizando al Dios que en el Olimpo fué amado y favorecido de todos, con un nombre que abarca el universo? Nosotros estamos inclinados a adaptar aquella interpretación panteísta en pleno conocimiento del delito científico que estamos cometiendo. Esa concepción panteísta y universal se halla en armonía artística, espiritual y religiosa con la idea de la muerte y de la resurrección. Lo que exclamó Plutarco en su *de oraculi defectu* —“Pan está muerto”— indicó el fin de un período y el comienzo de otro. La muerte de Pan coincidió con la muerte de Cristo, que fué idéntica con su nacimiento en servicio de la humanidad. Así aceptamos al dios griego, a Pan, como símbolo del gozo, del placer, de la satisfacción estética y artística. Este Pan no es para nosotros el mismo demonio que le infunde a la gente “terror pánico”. Es un dios gentil, tempestuoso a veces, violento y vehemente, pero siempre amigo de la música, compañero de todos los que aman las danzas, las fiestas y la alegría, favorecido de los mismos dioses y diosas a quienes molesta y embroma con mil burlas si tal idea grotesca y bizarra le viene en mente.

Aceptamos —lo repito— al dios griego sereno, alegre, amigo del regocijo y de la vida. Nos sirve de simbolo de una idea que ha sido atacada innumerables veces en el pasado, y que será atacada en el futuro —inevitable es que se ataque lo bueno, porque es bueno—, pero que resultará victoriosa de todas las dificultades artificiales y de los obstáculos maliciosos que se ponen en su camino.

Mas el concepto *Pan* es sospechoso, sigue siendo sospechoso por otros motivos, y está comprometido a causa del abuso que ha sufrido en las últimas seis o siete décadas. Nos hemos acostumbrado a combinar el concepto Pan, la idea “universal”, con ideologías que no merecen de ninguna manera la honra de ser llamadas con esa palabra magnífica y prometedor. Pan-Islamismo, Pan-Eslavismo, Pan-Germanismo significan movimientos con los cuales no queremos tener que ver, movimientos que son, a nuestros ojos, símbolos de una filosofía destructora, de una actitud hostil, de una tendencia que separa a los espíritus en lugar de unirlos. No hablemos del pan-islamismo, de aquel movimiento mahometano, que intenta unificar a todos los correligionarios contra los representantes de otras religiones asiáticas. No hablemos del pan-eslavismo que, como fenómeno total, representaba un movimiento anti-europeo, con una tendencia al aislamiento en favor de las naciones de origen eslávico. Pero debemos discutir —al menos en pocas palabras— el problema del pan-germanismo, porque representa lo opuesto al pensamiento pan-europeo, y porque desde el período de Bismarck, primer canciller del Imperio Alemán, ha demostrado ser el enemigo más fuerte, más peligroso de una cooperación europea sobre la base de una ideología verdaderamente pan-europea. Para excluir cada posibilidad de equivocación, discutamos muy brevemente el pan-germanismo. En primer lugar, debemos hacer constar que el pan-germanismo no es una creación de la ideología nacional-socialista; más bien, investigando imparcialmente las causas históricas, hemos de admitir que el socialismo-nacional deriva en parte de la ideología pan-germanista. Para dar un sólo ejemplo, mencionemos una publicación de un cierto Otto Tannenberg, quien en su libro *Das Groessere Deutschland, das Werk des 20. Jahrhunderts* (Alemania más grande, tarea del siglo 20) escribió en el año 1911:

Alemania tomará bajo su protección la República Argentina, Chile, Uruguay y Paraguay, la parte meridional de Bolivia, cuanto

pertenece al pilón del río de la Plata, y también aquella parte del Brasil meridional, en que la cultura alemana predomina.

El resultado de ese programa pan-germanista habría asegurado a Alemania en 1911 —bajo la forma de colonias, protectorados o zonas de influjo especial en Asia — 4.753,000 kilómetros cuadrados con una población de 83.490,000 almas; en Africa 8.906,000 kilómetros cuadrados con una población de 46.850,000, y en América 6.347,000 kilómetros cuadrados con una población de 18.197,000. Los alemanes mismos intentaron negar el carácter agresivo del concepto *Alldeutschtum*. Muy interesante es una advertencia de la Enciclopedia Italiana (edición 1935), sobre que el pan-germanismo en sus “formas extremas” tuvo la idea “de incorporar también a los holandeses y a los flamencos”. Por lo demás, es interesante observar que aquel movimiento extremadamente nacionalista tomó su ideología particularmente de nacionalistas de proveniencia no alemana, como de E. Gibbon, de Hipólito Taine, del Conde Gobineau y de H. S. Chamberlain. Bajo estas circunstancias, estamos en pleno consentimiento con el juicio de André Chéradame, expresado en su obra *The United States and Pan-Germania* en 1918:

El Pan-Germanismo significa la negación absoluta del principio de las nacionalidades, idea más noble presentada al mundo por la revolución francesa. Podemos definir el Pan-Germanismo como un sistema de latrocinio internacional impuesto sobre las otras razas por los alemanes prusianizados.

Habiendo definido el pan-germanismo como instrumento de violencia y de subyugación de otras naciones, como peligro internacional, con una filosofía —si hemos de aplicar esta noble concepción a una ideología infernal—, volvamos al concepto Pan-Europa que es concepto positivo, constructivo y creador. Séame lícito mencionar aquí unos pocos recuerdos personales, no para gloriarme de mi pasado, sino para clarificar los problemas y para contribuir a la discusión con algunos hechos de mi experiencia y de mi obra personal. Por muchos años fuí miembro del Gobierno democrático de la República de Weimar. Como consejero superior del gobierno y vice-director de relaciones políticas, tuve la oportunidad de asistir a todas las sesiones de los varios gabinetes republicanos. Pude observar a los Ebert y Hindenburg, Stresemann, Bruening, Braun, Becker y a muchos

otros. No hubo ninguna sesión importante de la Dieta del *Reich* o de la Prusia entre los años 1919 y 1931, en las cuales no estuviese presente. He conocido a los reaccionarios y a los enemigos públicos y secretos de la República, como he conocido a sus amigos y sus defensores, que en cada momento estaban dispuestos a sacrificarlo todo por la causa sagrada de la República. En los primeros años de mi actividad conocí al Conde Harry Kessler, ardiente representante de la idea pan-europea, y traté de propagar en Alemania el conocimiento de las ideas esenciales de Coudenhove-Kalergi, aquel aristócrata austriaco que dedicó toda su vida a una idea: a la idea de Pan-Europa. El hablar hoy día de Pan-Europa despierta, en quienes hemos visto la tragedia del derrumbamiento de Europa y de una filosofía que hemos amado con lo profundo de nuestros corazones, un sentimiento trágico, comparable al "sentimiento trágico de la vida" de don Miguel de Unamuno. Pero por otra parte nos llena de un sentimiento de certidumbre imperturbable, con una esperanza que nos da la posibilidad de continuar una vida que, sin aquella esperanza, perdería contenido, sentido y valor. Esta esperanza se puede concentrar en una breve sentencia: todos los que hemos trabajado al servicio de la idea pan-europea estamos profundamente convencidos de que ella tendrá un período espléndido de resurrección. Será la tarea seria y eminente de Pan-América, ayudarnos en nuestras aspiraciones. Pan-América, que ha realizado nuestro ensueño, tiene que contribuir —y no cabe duda que contribuirá— a la creación de un mundo europeo, en formas que se han manifestado afortunadas y fecundas en este continente.

¿Qué es Pan-Europa? ¿Cuál es su idea dominante? Hemos hecho constar que Pan-Europa significa la antítesis de ciertas otras concepciones que —por motivos nacionalistas y agresivos— se adornan con el *proteton* Pan. La idea Pan-Europa se manifiesta en el hombre pan-europeo, y este hombre es creación nueva, no conocida en los siglos precedentes: allí hubo relativamente pocas alusiones a la idea Pan-Europa, y aunque las encontramos, se necesita darles una interpretación en nuestro sentido.

Es la prerrogativa y el deber del filósofo y del poeta no ser miembro de una nación y de un cierto período, sino ser en el sentido más propio de la palabra el contemporáneo de todos los tiempos.

Estas palabras, que hallamos en una carta de Federico Schiller dirigida a Fritz Jacobi el 25 de enero de 1795, contienen una actitud que merece ser llamada pan-europea. No olvidemos que Schiller, a causa del drama de su juventud *Die Rauber* (Los Bandidos), con el *motto* revolucionario "*in tyrannos*", fué nombrado ciudadano honorario de la revolución francesa. Para mencionar al menos pocas voces del pasado, posible es juzgar como pan-europea la proclamación del Papa Pío II contra los turcos, aunque para nosotros la actitud genuina pan-europea no contiene jamás la idea de los "anti". En 1693, William Penn halló cálidas palabras para explicar la necesidad de una paz perpetua por la restauración de la paz en Europa en el presente y en el futuro. Dicen algunos que el filósofo alemán Leibnitz demostró una actitud pan-europea; pero si examinamos cuidadosamente sus opiniones, volvemos a ver que su idea de una misión universal unida a la de una expansión colonial, contiene tendencias agresivas que son incompatibles con la filosofía de Pan-Europa. En otras palabras, fué nuestro siglo el que produjo aquel espíritu, que con razón puede ser llamado pan-europeo.

El pan-europeo es un movimiento político más bien que literario. Empero la literatura, como el espejo más fiel de la vida, ha reflejado minuciosamente aquel movimiento político. Antes de discutir las ideas principales de los representantes literarios más eminentes, séame lícito hacer una anotación que me parece muy característica y decisivamente concluyente: considerando las obras literarias de las últimas cuatro décadas, notamos con sorpresa que la ideología universal, la idea pan-europea, ha sido cultivada particularmente en Francia y en Alemania, y que ha sido descuidada más o menos en las literaturas de los otros países europeos. ¿Cuál es el motivo de este fenómeno, que según mi parecer, no ha sido observado suficientemente por los críticos de la literatura, por los eruditos o por los políticos? La respuesta a esta cuestión parece apropiada para clarificar todo el problema y a demostrar al mismo tiempo que el problema de Pan-Europa es en primera línea un problema político. La enemistad entre Francia y Alemania ha dominado por muchos siglos la política europea, amenazando de manera peligrosa la paz, no solamente en Europa, sino también en todos los continentes. Como reacción contra ese peligro continuo, los políticos de ambas naciones se han esforzado por hallar una solución de la "cuestión franco-alemana" satisfactoria para todas las partes y todos los par-

tidos. Una de las culminaciones de esos trabajos al servicio de un entendimiento supernacional, fué la cooperación entre Briand y Stresemann en sus infatigables esfuerzos por crear una atmósfera amistosa y apacible como base de un entendimiento ideológico futuro y de una cooperación inmediata en el campo político y económico. No se me olvidará aquella conferencia del canciller Stresemann, tenida ante un círculo pequeño de Berlín, cuando nos habló de sus esperanzas de crear, en colaboración estrechísima con Briand, un mundo mejor. Stresemann, orador de singular elocuencia, citó ciertas palabras de Goethe, dirigidas contra el odio entre las naciones. Su voz estaba llena de entusiasmo; pero las sombras de la muerte se delineaban en su semblante. ¡Falleció pocas semanas después! ¿Cuál es el reflejo literario de aquel movimiento pan-europeo en los mejores representantes de Alemania y de Francia? Debemos hacer constar que no hay una literatura pan-europea alemana, en el sentido particular de la palabra. Claro que hallamos ensayos que manifiestan cierta comprensión del problema. Hay poetas que desarrollan ideas pacifistas y —sobre todo después de la primera guerra mundial— antibélicas. Mencionemos los nombres de Latzko, Toller, Brecht, Benn, Remarque, Heinrich Mann, Franz Werfel y Leonhard Frank. Todos estos poetas demuestran una actitud supernacional, todos están unidos en su odio contra una monarquía alemana, contra el militarismo prusiano y contra el espíritu pan-germánico. Pero lo que en ellos echamos de menos es una base común, que los una a todos; lo que falta en sus obras es la convicción positiva de la posibilidad de crear un mundo europeo, correspondiente a la delineada por los políticos pan-europeos de Alemania y de Francia. Como todos aquellos poetas y escritores no marchan juntos, no pueden llegar a un fin común y definitivo. No es accidental que algunos poetas —que en los primeros años después de la guerra mundial alzaron fuertemente sus voces para obtener un entendimiento entre todas las naciones del mundo— se hallen hoy día en el campo de los nacional-socialistas; no queremos darles el honor de mencionar siquiera sus nombres.

Muy semejante a la situación política alemana es la de Francia. Contra el chauvinismo se alzan grandes y eminentes personalidades, como Briand y Herriot —mártir éste venerable por su actitud admirable en nuestros días y víctima del gobierno del abominable Laval—, que consideran una cooperación política, económica y cultural con Alemania como la primera condición para la realización de la

esperanza pan-europea. Diferente es la situación francesa en el campo de la literatura. El "affaire Dreyfus", después de 1890, había despertado los espíritus liberales de Francia, y los terrores de la guerra mundial contribuyeron mucho a la creación de una nueva tendencia literaria. *Le Feu*, de Barbusse, no es solamente una descripción singular de los horrores de la guerra, sino al mismo tiempo el manifiesto más claro, más impresionante y más convincente para una renovación fundamental del mundo. Duhamel, Romain, Proust, Valéry —por diferentes que sean entre ellos mismos desde el punto de vista estético— contribuyen muchísimo a la difusión y propagación de las ideas cosmopolitas y humanitarias, y asumen la misma actitud que se encuentra en las obras de Romain Rolland, publicadas pocos años antes de la primera guerra mundial. Fué algo más que una actitud rousseauiana lo que indujo a Duhamel a manifestar su odio contra la civilización europea —que había causado la *massacre* de la guerra— en palabras que semejan una explosión. ¿Cuáles son las ideas pan-europeas en las demás literaturas de Europa? Los trazos son tan débiles que no vale la pena enumerarlos. Ciertas ideas románticas de Mazzini en Italia, la actitud de Tolstoi y su última consecuencia, su fuga del mundo en que estuvo, no pueden ser calificadas como actitudes verdaderamente pan-europeas. Preguntándonos nosotros cuáles son las razones de tales resultados no satisfactorios, vemos confirmada nuestra teoría de que el problema pan-europeo es en primera línea un problema político, y de aquí que hallemos una literatura pan-europea que merece ese título solamente en Alemania y sobre todo en Francia, los dos países que sintieron su misión pan-europea y que —como lo esperamos firmemente— continuarán sintiendo tal misión después de esta guerra, que verá la destrucción definitiva de los así llamados gobiernos de grupos criminales y malhechores.

No tenemos que explicar aquí la idea pan-americana. Nos limitamos a hacer constar que cierta transformación de la idea se operó en el curso del tiempo. Mientras que el pan-americanismo, desde fines del siglo XVIII hasta cerca de 1881 tuvo una tendencia exclusiva respecto a Europa, la situación cambió enteramente a consecuencia de la invitación del secretario de Estado Blaine, en Washington (1881), para convocar una conferencia pan-americana. Con la inauguración de la Oficina Comercial de las Repúblicas Americanas en Washington, podemos fijar el nacimiento de la Unión Pan-Ame-

ricana. Claro es que esa Unión, en tiempos normales de paz y en períodos extraordinarios de guerra, se ocupa en primer lugar de los asuntos americanos. Pero no cabe duda que el pan-americanismo tendrá en el futuro la tarea gigantesca, no sólo de cooperar con Pan-Europa e inspirar con ánimo y fuerza a todos los que están preparando aquel edificio monumental, sino también la de crear las condiciones para que exista Pan-Europa. Muchísimas veces los políticos de todas las naciones han dicho que la Europa futura no podrá vivir sin la ayuda material y espiritual de los Estados Unidos. Ninguno creerá que la nueva Europa resucitará, como el ave fénix, de la ceniza. Será necesaria la asistencia no de los Estados Unidos, sino de Pan-América, para la creación de Pan-Europa, como factor eminente de una cooperación internacional.

Las ideas pan-europeas desarrolladas por Coudenhove-Kalergi,¹ aceptadas con el entusiasmo más profundo por quienes representamos una ideología democrática y republicana, no pudieron realizarse y fueron devoradas por la catástrofe intermundial iniciada por el gobierno de Hitler en 1933. El hecho de que una idea no pueda realizarse por varias causas en un cierto momento, no significa el error de la idea misma. Muchas veces se ha repetido la sentencia de que la utopía de hoy es la verdad de mañana. Para instruir a nuestros amigos americanos y en primer lugar a los iberoamericanos, expliquemos en pocas palabras las ideas de Coudenhove-Kalergi, porque estamos profundamente convencidos de que aquellas ideas tomarán parte decisiva en la construcción futura de Pan-Europa. Dice Nicholas Murray Butler, presidente de la Universidad de Columbia, en su introducción a la obra de Coudenhove-Kalergi, que tres proyectos han logrado juntar ciertos grupos de naciones de la tierra: el Imperio Romano, el *British Commonwealth of Nations* y los Estados Unidos de América. La idea de una federación entre los Estados europeos para superar los límites artificiales doganales, le parece a Butler una idea muy digna de consideración. No puede ser nuestra tarea criticar las particularidades de las sugerencias dadas por Coudenhove-Kalergi en 1926, o más bien en 1923, cuando dió los primeros pasos para explicar sus teorías al mundo. Sobre todo, no estamos de acuerdo con él en su sugestión de excluir a Inglaterra y a Rusia de aquella federación. (Para evitar un error, debe aclararse que tal propuesta no contuvo ninguna actitud hostil contra aquellos países, sino que fué dirigida por motivos prácticos que no podemos

discutir aquí.) Verdad es lo que Coudenhove-Kalergi dijo en 1926, o sea que Europa no está muriendo a causa de vejez, sino porque sus habitantes se matan unos a otros con los instrumentos de la ciencia moderna. Si investigamos las instituciones políticas creadas en el mundo con la idea fundamental de una superación de límites artificiales, no podemos limitarnos a un examen de las creaciones de los últimos años, como la Liga de las Naciones, sino que hemos de volver nuestras miradas a la antigüedad y a los tiempos medievales. El imperio de Alejandro representa el primer caso de una concentración de múltiples naciones bajo el mismo gobierno. El Imperio Romano, bajo Augusto, significa la realización de la misma idea. La objeción contra estos edificios políticos es el carácter obligatorio que no admitió la cooperación voluntaria y espontánea de las gentes subyugadas — primera condición de cada genuina cooperación entre naciones. La visión de Dante de un gran imperio católico, típicamente medieval, no contribuye realmente a la solución del problema. Es más el deseo de un poeta religioso que la propuesta de un político racionalista. También la concepción de una monarquía católica universal, iniciada por Carlos V y continuada por Felipe II, significa un progreso de la idea universal, pero no pudo realizarse a causa del predominio, en ella, de ideas religiosas. Faltó el consentimiento político de las naciones unidas bajo el cetro del monarca católico, y después de la derrota de la Armada española, los obstáculos para las demás naciones europeas llegaron a ser insuperables. Así hacemos constar que a todas las ideas que pueden ser llamadas universales, les faltaron dos elementos decisivos: la espontaneidad de las gentes y la unanimidad en la realización de los proyectos. La primera condición de cada idea que merezca ser calificada de universal, es la renuncia definitiva a dirigirse contra otros grupos de naciones. Solamente una vez, en la historia humana, hallamos una verificación de esa actitud no agresiva: en el movimiento pan-americano. Pan-Europa será “para todos y contra ninguno” o no será. Europa no ha sido jamás una unidad política, ni económica ni intelectual. ¿Significa ese hecho una objeción contra la idea de Pan-Europa? Una mirada a Pan-América nos enseña inmediatamente que las diferencias de cultura, de idioma, de economía y aun de política no deben ser consideradas como impedimento insuperable. Los historiadores futuros juzgarán, más justamente que nosotros, lo que se ha logrado en poquísimos años en el campo de un entendimiento entre las Américas.

Quien conoce a Europa —como el autor de este artículo— en todas sus partes; quien conoce las diferencias de las culturas entre el Norte y el Sur, entre el Este y el Oeste; quien considera el problema importantísimo de las diferentes costumbres de las naciones europeas, no puede afirmar que aquellas diferencias son más grandes o más decisivas que las superadas en las Américas en un período sorprendentemente breve. Las necesidades políticas, económicas y sociales han creado a Pan-América; las mismas necesidades crearán a Pan-Europa.

La federación pan-europea se puede parangonar con predecesores políticos, se puede parangonar con la federación pan-helenística. La cultura griega fué una cultura universal, y la idea helenística superó a la barbarie pérsica en las batallas de Salamina y de Maratón, como en el período de la reconquista española, 1300 años más tarde, el espíritu cristiano superó al espíritu mahometano. Hay en la idea de Pan-Europa un cierto *je ne sais quoi*, un imponderable que, aunque no se pueda definir, es importante en la vida de todas las naciones. Como el bosque es algo más que un grupo de árboles, así Pan-Europa es algo más que el conjunto de las naciones europeas con sus atributos particulares e individuales. Y lo mismo vale para Pan-América. Como Pan-América representa una esperanza para todo el mundo, la cooperación entre Pan-América y la Pan-Europa del futuro representará la realización del establecimiento de una paz perpetua que el mundo atormentado necesita más que nunca. Pan-Europa renunciará definitivamente al particularismo que ha traído la catástrofe sobre sus países. El “complejo de superioridad”, tan destructivo en la historia de todas las naciones, se desvanecerá, y el mutuo respeto entre las naciones gobernará las relaciones de los pueblos. La personalidad de las naciones dirigentes europeas permanecerá, pero al mismo tiempo serán respetadas todas como representantes de Pan-Europa. Aprendamos lo que nos enseña Pan-América en nuestros días: así como Washington es respetado en la América del Sur, en el Norte se respeta a Bolívar, libertador de nuestros amigos sudamericanos. Respetamos las tentativas hechas en el campo de la literatura: admirables son las obras de muchos editores que en los últimos años nos han hecho familiares las obras maestras de la América Central y de la América del Sur, y sabemos que nuestros vecinos comienzan a apreciar los productos literarios norteamericanos. Entre naciones animadas por la seria voluntad de un entendimiento recípro-

co, no hay lugar para la envidia. La competencia entre ellas es una competencia natural, con la nostalgia de contribuir lo mejor posible al bienestar común. La cooperación pan-europea y pan-americana no nos garantizará aquel ideal de la Biblia según el cual el león reposará junto a la oveja, sino que nos garantizará una armonía internacional digna del nombre ilustre de la humanidad. Durante la primera guerra mundial, Harry Kessler recibió una carta de un oficial alemán que debe citarse porque contiene el programa pan-europeo en sencillas palabras: "Debemos construir un nuevo mundo, un nuevo templo. Cada paso que nos aproxime a la perfección de este templo está iluminado por la llama de la vida que brotó de los ojos y labios de nuestros compañeros moribundos y que penetró nuestras almas durante la guerra. Imposible es que todo el terror que hemos sufrido sea en vano. Cumplamos las visiones que tuvimos en las trincheras de Francia; si no, nuestra vida será inútil. Como todo ese terror se concentró sobre la tierra de Francia, no sentiremos jamás hostilidad hacia ella."

Como el ejemplo americano nos lo ha demostrado, la realización de Pan-América o de Pan-Europa no exige el abandono de la nación. Al contrario: sólo las naciones independientes, con el conocimiento de su cultura, pueden unirse en un concierto universal, de la misma manera que cada músico se siente independiente tocando su instrumento particular, y miembro, al mismo tiempo, de la unidad más alta de la orquesta. Dijo von Roosbroeck² que, para ser buenos europeos, no es necesario de ninguna manera destruir la especial cultura nacional de ninguna nación particular, porque la cultura europea está compuesta de lo mejor y más alto que cada raza ha producido. La idea de Pan-Europa halla su expresión más clara y más significativa en las palabras del poeta Gezelle, que contienen en forma abreviada el programa del futuro: "Debemos ser flamencos para llegar a ser europeos y finalmente ciudadanos del mundo."

WERNER PEISER,
Loyola University,
New Orleans.

NOTAS

1 Coudenhove-Kalergi, *Pan-Europe*, New York, 1926.

2 G. L. van Roosbroeck, *Guido Gezelle, the mystic poet of Flanders*, Vinton, Iowa, 1919.

